

Aléjase con cara de vinagre,
Y, al cabo de un momento de silencio,
Como al volver de un sueño que distrae,
—Perdonad, caballero.... (Yo no había
Vístole aún!... creí que era mi madre
Quién se sentaba aquí) Rosa murmura.
—Hace un momento a ella presentáronme
Varios amigos, y que vuelva anhelo
Para que la amistad de usted no tarde
En serme concedida....

—La palabra
De un caballero en el asunto baste.
—Mi nombre es Carlos***
—¿Carlos?... Y de dónde
Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Cálle!
También cierta novicia amiga mía.
Yo tengo unos deseos de pasearme
Por la tierra de usted! ¿Es tan alegre
Cual dicen, Veracruz? ¿El mar tan grande?
Además, aseguran que las rosas
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren
Hasta en el crudo invierno, y las mejores
Son del país.

—¡Error imperdonable!
Guanajuato produce las más bellas
De las que en el país puedan lograrse.
—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego
Usted no las conoce....

—De trasplante
Son las que he visto.

—¿Y dónde?...

—En esta sala.

—¿Cuántas?...

—Una que brilla sin rivales!

—No comprendo....

—¿Es posible?... Yo quisiera

Al torbellino mágico del baile

Lanzarme con usted, *Rosa divina*....

—Pues, señor mío, como a usted agrade.

Mézclanse en la vistosa contradanza,
Y balancea el cuerpo con donaire
Rosa, cual blanco cisne que atraviesa
Lago tranquilo en apacible tarde.
Y como indicio son de un pecho limpio
Ojos que al escrutinio no se evaden
De la persona que los mira, y como
Ambos en estatura son iguales,
No es de extrañarse que, bailando, en Carlos
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos,
Que Carlos esa noche, al acostarse,
Con sobresalto se creyese herido
De un frenético amor.... ¡amor de baile!

III

Primer fragmento del álbum de Diana, escrito en el convento de***

Rebosa el cáliz amargo,
 Ya el alma a sufrir no acierta;
 Falta a mi existencia objeto,
 El alba a mi noche eterna.
 ¿De qué me sirve, insensata,
 Rindiendo al orgullo ofrenda,
 Solitaria consumirme
 En lo interior de una celda,
 Por no decir a quien amo:
 «Aunque culpable aparezca
 Ante tus ojos Diana
 Por maquinación proterva,
 De tu ardiente amor es digna,
 Como en esa noche bella
 En que te dió su albedrío
 Jurándote fe sincera?»

Y lo haré, porque no puedo
 Vivir sin su amor. Apenas
 El sueño cierra mis párpados,
 Su voz a mi oído llega:
 Le miro como en los días
 En que me amaba; se acerca;

Señálame con su mano
 El altar: llevarme anhela
 A los pies del sacerdote
 Que a bendecirnos se apresta:
 Se agita mi corazón
 Lleno de alegría inmensa:
 Despierto.... giran mi ojos,
 Y ven la desnuda celda
 En cuya ventana el viento
 Voces humanas remeda!
 —Sí, le diré: aunque culpable
 A tus ojos aparezca,
 De tu ardiente amor soy digna:
 Ven, el altar nos espera.

IV

Rosa refiere a Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos, y lo consigue.—Suerte reservada a las coquetas.

A la mañana del siguiente día,
 Hablando por el torno del convento
 De que mención en otra parte hicimos,
 Dos jóvenes están. Preciado velo
 De transparente blonda mal encubre
 Las formas elegantes, el despejo
 De una, a quien acompaña su criada,

Vieja amiga de lances y de enredos,
 Que, según las epístolas que porta,
 Hará quebrar la renta de correos.
 A la otra que habla no es posible
 Examinar, pues hállase por dentro
 Del torno, y de su voz solo se oye
 De vez en cuando el musical acento.
 Es la voz de una niña todavía,
 Pero encerrando no sé qué de tierno
 Y triste, cual si ya del mundo hubiera
 Roto su mano el engañoso velo:
 Voz que si resonase en nuestro oído,
 Nos despertara cual de largo sueño,
 Trayendo a la memoria las imágenes
 De antiguos seres y de antiguos tiempos.
 Y esto las dos decían platicando,
 Una fuera del torno, otra por dentro:
 —De noviciado pocos días faltan:
 Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?
 ¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso
 Que esos lazos, Diana, son eternos?
 —Resolución no formo todavía.
 Cuando aislada en el mundo me contemplo
 Sin que en el porvenir cifre esperanzas,
 Sin que mi corazón abrigue afectos,
 No me queda otro asilo que una celda
 Donde acabar mis días con sosiego.
 Pero tú, amiga mía, ¿tan dichosa
 Como siempre?

—No tal: hoy un consejo

He venido a pedirte, o sea informe....
 Como quieras llamarlo. Hay un sujeto....
 Vamos, un joven que, si no me engaña
 El corazón, es todo un caballero.
 Bailó anoche conmigo, enamoróme
 Y le correspondí, te lo confieso.
 ¡Reflexiona tan poco mi cabeza!
 Siempre sigo el impulso del momento
 Y suelo arrepentirme: mas ahora
 A asegurar me atrevo que le quiero.
 —¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!
 Te engañas a tí misma: no; en tu pecho
 No se alberga el amor.

—Pues en la duda
 De si quiérole o nó, por hoy quedemos:
 Véngote a preguntar si le conoces,
 Porque paisano es tuyo.

—Pero, al menos,
 Dime su nombre.

—Carlos

—¡Cielo santo!

Si él fuese!

—¿Quién?

—(Siniestro pensamiento!)

¡Oh! Rosa, nada; un conocido antiguo;
 Mas no, que aquél o se embarcó, o es muerto.
 ¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?
 ¿Joven es todavía?

—Joven.

—¿Cuerpo

Gallardo?

—Sí, gallardo.

—¿Rostro afable?

—Y mucho que lo es.

—¿Cabello negro?

—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!

Tú, a no dudar, conoces mi cortejo.

—Pura casualidad.... No le conozco.

(¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento

Me ocurre en este instante, Rosa.

—Dilo.

—Para saber si le conozco, verlo
Hoy necesito.

—¿Y cómo?

—O yo me engaño,

O es muy sencillo, Rosa: Tu aposento

Queda frente a mi celda: por la tarde

Salir hazle al balcón, y yo en acecho

Tras la reja estaré.

—¡Famosa idea!

Voy a escribirle ahora: le prevengo

Que á la tarde sin falta me visite,

Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero a rezar te llaman....

—Adiós, Rosa.

—Diana, adiós: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde
Con las primeras sombras de la noche

Empezaba en el cielo a confundirse,
De oro y grana tiñendo el horizonte.
De proletarios puéblase la calle
Que a sus habitaciones se recogen,
Terminado el trabajo: las campanas
Tañendo están el toque de oraciones;
Y en el balcón de la modesta casa
Que mi lector benévolo conoce,
De una mano bellísima al impulso
La vidriera giró sobre sus goznes.
Salió Rosa, radiante de hermosura;
Carlos tras ella, hablándole de amores,
Sonríe y se entusiasma, y a su lado
Sobre la balaustrada reclinóse.
A cada frase tierna que salía
De sus labios, ardiente aquella joven
En él clavaba los rasgados ojos,
Y era muy fácil conocer entonces
Que a excitación cediendo pasajera
Con que su corazón no marcha acorde,
Carlos la enamoraba, y ella, en tanto,
Paz, corazón y libertad rindióle.
¿Por qué—le dice aquél—en tu presencia,
Adorándote así, las emociones
No experimento que mi gloria hacían
En mis horas de amor, cuando era joven?
Quizá los desengaños que he sufrido
Entibiaron del alma los ardores
Para siempre.

—Será que no me amas!

(Dice ella, y su semblante obscurecióse
De repente.)

—Decir que no te amo!—

Carlos replica; y, al notar que esconde
Al examen curioso de la gente
Sus personas el manto de la noche,
Obedeciendo a impulso repentino,
Sus labios él en los de Rosa pone.
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:
Al recibirle permanece inmoble,
Y luego, cual de un éxtasis saliendo,
«Creeme, le dice, aquestos mis amores
Primeros son. Es cierto que aturrida,
Al hallarme en espléndidos salones
Escuchando la música armoniosa;
De la esperma a los nítidos fulgores,
Viendo pasar en confusión bellísima
Las mujeres en brazos de los hombres,
Soñaba una existencia alimentada
Por manantial de indefinibles goces.
Dí oído a las protestas de cariño;
Esperanzas de amor daba a los jóvenes;
Mas era todo un sueño; al otro día
De mi ilusión secábanse las flores:
El corazón desierto no abrigaba
El amor que la víspera fingióse!
¡Cuánto te adoro, Carlos!» — «Es maestra
(Carlos en su interior decía entonces);
A cualquiera bisoño engañaría.»
Y se esforzaba, exento de pasiones,

Gozo en aparentar, como quien pruebas
De un anhelado amor, al fin, recoge.

Cuando el beso de Carlos resonaba,
De una ventana del convento, donde
Luz misteriosa apenas resplandece
Al través de los vidrios de colores,
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,
Y en el instante mismo rudo golpe
(Cual de alguien que privado de sentido
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,
Añadiré tan sólo a mis lectores
Que en el siguiente día a Rosa olvida
Carlos, encaminándose hacia el monte
Solitario, do vuelve á su costumbre
De entregarse a morales reflexiones.
Abandonada Rosa, se entristece;
A cuantos ve, de Carlos pide informes,
Y nadie se los da, y ella suspira....
¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V

Segundo fragmento del álbum de Diana.

Corazón mío, silencio!
No te traicionen mis labios:
Si padeces, no lo digas,
Y si quisieres llorando

Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos!
 Yo le amaba, y a mi frente
 De una vil sospecha el fango
 Arrojó la mano misma
 Que a guiar iba mis pasos
 Por el sendero del mundo.
 Yo quise decirle:—«Carlos,
 Tú y yo en esa noche víctimas
 Fuimos de un odio bastardo;
 Ofendíome tu sospecha,
 Tus palabras destrozaron
 Mi corazón; pero todo
 Lo olvido, porque te amo:
 Soy digna de que me llames
 Tu esposa.» Mas ¡cielo santo!
 Hoy le he visto a otra mujer
 Amor eterno jurando.
 Si yo a decirle acudiera
 Su error.... (Sólo de pensarlo
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!
 Guarda lo que te ha quedado,
 Corazón, guarda tu orgullo,
 Y si quisieres llorando
 Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos.

VI

Carlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha
 entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—

Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,
 A veces durante el día
 Piadoso cantar se oía
 En derredor del convento.

En su reclusión dichosas,
 A Dios, de ventura fuente,
 El corazón inocente
 Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura
 Tan melancólica presta,
 Que semeja en la floresta
 Manso río que murmura.

Une a sus devotas preces
 El viento quejas livianas,
 Cimbrando de las ventanas
 El limpio cristal a veces;